

Señores Editores del

Repertorio Americano.

San José de Costa Rica.

Muy señores míos:

He recibido el cuestionario que se han servido dirigirme. El noble propósito de ustedes, al proponer tan vasto plan de estudio a los escritores de nuestro origen, no puede menos de interesarme; aunque no acierte, ni con mucho, a abarcarlo en su integridad.

He vivido tanto, y he sido testigo de tan profundos cambios en la manera de pensar y actuar de las grandes naciones del mundo, que he llegado a desconfiar de mis propias opiniones en lo que se refiere a los problemas sociales. Empiezo por esta confesión, para que ustedes disimulen la vaguedad de que adolezcan mis conclusiones.

La estructura actual del grupo de pueblos a que pertenecemos ha sufrido en estos últimos ochenta años las sacudidas más tremendas, y está siendo blanco de continuados embates. Más tarde o más temprano se han de presentar a todos los mismos conflictos; porque en todos hay numerosos elementos que no están conformes con su organización presente. Los obreros, que se reconocen fundamentalmente unos a través de las fronteras, aspiran en cada país a cambiar del modo más radical sus instituciones.

A mis ojos esta cuestión las domina a todas; porque según el cauce que su resolución haga tomar a los asuntos públicos, así se ha de orientar cuanto concierne a la educación, a la legislación, al gobierno, al comercio de productos y de ideas, y a las relaciones internacionales.

Como ustedes ven, sólo me refiero a los puntos que más especialmente señala su encuesta.

Desde luego esto no significa que no vivamos en el presente, y que

no hayamos de atender con cuidado a las interrogaciones que ese presente nos haga, para contestarlas aunque sea de un modo provisional.

¿Acaso no estamos siempre en lo provisional? Lo más trágico de la existencia de las sociedades es que el hombre escribe sus códigos y elabora sus instituciones soñándolos duraderos; y apenas los promulga, empiezan a ser modificados. ¿Cuántas enmiendas ha sufrido en poco más de un siglo la Constitución de los Estados Unidos? ¿Y cuántas enmiendas a la más importante de ellas no han introducido, ~~en~~ en algunos de sus estados, la pasión y la inquina de unos ciudadanos contra otros?

Hoy por hoy las naciones de la América latina tienen delante, como incógnita formidable, el imperialismo yankee. Este constituye para algunas una amenaza, para todas un problema. Natural es que ustedes, colocados, como nosotros los cubanos, en el primer grupo, traten de buscar los medios de resistencia y de defensa.

Veamos algunos, porque a todos nos interesa.

Con excepción del Brasil, estos pueblos poseen el más poderoso instrumento de unificación mental: el idioma. Debemos a toda costa ^{hacer} el más amplio uso de él. No sólo podemos utilizar las legaciones y los consulados, para fomentar el intercambio de periódicos, folletos, libros, grabados y demás formas de reproducción del pensamiento, sino que nos convendría establecer en cada país una junta de literatos, artistas y hombres de larga vista intelectual, encargada de activar esas importantes relaciones.

Antes del desquiciamiento producido por la gran guerra, el mundo de occidente se había acostumbrado a que las naciones se tendieran la mano a través de los mares y de las fronteras naturales o artificiales. Se multiplicaban las uniones postales, las telegráficas y radiotelegráficas, las sanitarias, las destinadas a la protección literaria y artística y a la de la propiedad industrial. Se procuraba la unifica-

299 (3)
ción del derecho marítimo; se tendía a dar cuerpo al derecho internacional privado; se establecía un instituto internacional agrícola. Apenas pasaba año sin que se concertara algún tratado de arbitraje permanente.

En este glorioso movimiento de civilización la parte de las naciones latino-americanas fué considerable y a veces preponderante. Nada se opone, antes bien me parece una gran necesidad, a que esa tendencia se acentúe e intensifique entre ellas; a semejanza de lo que pasó en 1911 en el Congreso sud-americano de los ferrocarriles y en el Congreso postal sudamericano.

A medida que se recojan los frutos de esta mancomunidad de intereses intelectuales, morales y prácticos, toda la parte realizable del programa de ustedes, o de otros semejantes, tenderá naturalmente a encarnarse, dentro de cada nación, en instituciones que harán a nuestros pueblos sentirse más seguros e ir con más confianza hacia lo por venir.

Como ustedes observarán, procuro fortalecer y estrechar los vínculos humanos; y no me cuido tanto de los meramente políticos. Esto depende de que, personalmente, recelo de las vastas aglomeraciones bajo un solo gobierno, y soy partidario de la multiplicación de los pequeños estados.

Soy su más atento servidor,

Enrique José Varona.

La Habana, 1º de octubre de 1922.

() Repertorio Americano, Octubre, 1922.